EL PLANETA PERDIDO

Manuel Tejedor Rábano

EL PLANETA PERDIDO

Manuel Tejedor Rábano

avant
editorial

Primera edición, julio de 2025
© Manuel Tejedor Rábano, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transfoWrmación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:979-13-87805-20-3
THEMA: DC - DCC - DCF
DEPÓSITO LEGAL: M-16007-2025

I- La noche

La noche, que trae el florecimiento del rocío sobre las flores y el viento florecido, trae también su beso helado sobre mis labios libidinosos.

En el camino hacia la santidad —por perfección de sucesivas vidas— yo preferiría, paulatinamente —aunque alargando más vidas vividas—, recorrerlo así, como parece que me ha tocado vivir las vidas, con menos de ellas y con mayores dolores.

Preferiría soñar de ti el desvanecimiento tras el desvanecimiento de ti.

Nadie conoce el paradero de su nombre desvanecido.

Ya nadie te encuentra, porque ya nadie te conoce.

La incertidumbre de Dios sobre su existencia cae sobre mí como lluvia de semen de rocío. Me dejo llevar por el río del flujo vaginal como el Dios que se dejó llevar en la matriz de mi madre.

La noche tenebrosa, como mi amante, incluye yacer sobre la cama con la luna. Te aposentas en mi lecho, tímida como la cara oculta de la luna. Si existen palabras de silencio, hay que hablarlas, aun vivir del orgasmo del dolor. Vivamos de la nada. De sus cenizas nace el fuego para el vacío. Dios, el ateo, no cree en mí.

Siempre estoy vivo, ya que siempre estoy muriendo, como el último verano que me mira con desprecio.

No puedo olvidar la vida. Está escrita sobre mi carne, con su sangre vertida sobre mi espíritu me acaricia.

Me arranca palabras de la boca la sangre de la verdad. Palabras de aire, del aliento del viento sobre los rostros, de la respiración entrecortada de la vida. En el laberinto de la vida, el hilo de Ariadna del amor.

II- El chocho furioso

El chocho furioso. La picha brava. Los ángeles sin paraísos.

Yo solo sé morir como mueren las familias: agarradas las manos en cadenas tras los corazones libres y amorosos.

Buscamos placeres y deseos para saber que vivimos y conocemos la muerte. Así, la muerte conoce el camino de nuestro corazón, a tientas, adelantándosenos siempre, olvidando el camino del templo y del hogar.

Solo se vive de la vida. Mi miedo espera todas sus gentes en el aliento de la pólvora con las lenguas de mis zapatos. Deseos de partir son deseos de parirte del creador de caminos. Sus zarpas respiran de mis sangres.

Tras la noche y la niebla, cuando el mar devuelva a sus ahogados, las horcas a sus colgados, los paredones a sus fusilados hambrientos de planetas perdidos y las vacas del dolor cesen de pacer sobre los prados, para que cesen las lágrimas del rocío de nevar también sobre mi piel verde y de rumiar las balas, y las sogas, y las paredes vacías de sangre por fallar las armas buenas. Yo rumio la poesía de los planetas perdidos, sin todavía encontrar las religiones de los sollozos que envuelven en sus protuberancias de alma perlas del placer.

«¡Ese mundo es posible allende el horizonte perdido! ¡Se encuentra esperándonos! ¡El charco de sangre fue mi corazón…!», me dices, mi Dios, en la noche de niebla… Y yo lloro, porque me gustaba más tu corazón latiendo. Para reconfortarme, añades: «¡Resucitaré dos cadáveres entre mis manos…!», cuando dos cadáveres fueron uno viviendo. Parece como si la vida que nos es dada fuese tu tributo de derrota ante Lucifer.

Tu alma, cual noche tenebrosa y bella, genera que nieve sobre nosotros tu carne de tus cielos blancos. En ella viaja mi alma de vagabundo, tiritando bajo tus estrellas titilantes.

III- La risa del relámpago

La risa del relámpago oí cuando su trueno rompió la taza de té entre mis manos.

El fuliginoso cielo aún no habla y sus palabras suenan en mis oídos. Llega el resplandor que me saca del sueño mientras mis demonios hacen sus milagros. El fuego helado del infierno, que día a día me toma y me acaricia, está mirando con sus ojos obscenos mi sangre.

En la Resurrección, volverán los cuerpos voluptuosos a amarse o sus colgajos repugnantes y sus hinchazones nos parecerán obscenos. Finges que duermes para hacerme feliz y alejarme de tus sueños helados, amada mía. La belleza no nos envejece.

Ese tiempo que solo pretende descuartizar los cuerpos. Esas miradas que se llevan la luz de mis ojos a sus tinieblas. Los rizos de pelo oscuro de la noche en que se baten alas entre algodones de angustia, para que nos precipitemos en el cielo absurdo como lagos nocturnos, sin plumas de agua negra.

Esta flor negra no llegará a mañana, para hacer el día más hermoso. Fiera y sin ley como los forajidos, o la poesía, o el amor, o el ángel más caído de Dios, o el camino del hombre. O fiera y con ley como la vida y la muerte, que buscan siempre para encontrar a los que se aman y no se encuentran. La falda del tiempo bambolea, en su voluptuoso andar, nuestro aliento.

IV- Yo, Caín

Yo, Caín, rosa marchita, doy la inmortalidad por perdida.

Caín y Abel pudimos ser los primeros hermanos.

¡Lo quiero todo aquí y ahora, como mi madre Eva, o que venga otra [vez la mentira!

¡Es Abel mi hermano del alma, que no del cuerpo, ya que lo maté, quien cree reconducir la voluntad de Dios hasta su perdón y, suplicante, se rebela ante su destino!

Tiembla el tiempo en el viento de las hojas otoñales. La lasciva desnudez de las nalgas y los pechos y los muslos de los frutos me apetecen más que el sudor del arado y del pastoreo.

Yo, Caín, volvería, como mi padre y mi madre, a morder la manzana prohibida, a sabiendas de mi pecado de desobediencia y del castigo de exilio. El fruto prohibido es mi ser tal como es sobre mi estar.

El precio del perdón, de la inmortalidad, de la gracia divina… es dejar de ser, olvidarse de la belleza del ser. Todo es en soledad ser infeliz o en compañía estar feliz. La eterna maldición por no domesticarse y ser resistente de sí mismo.Yo, Caín, una vez he emprendido el camino de los desposeídos. No quiero que Dios me levante el castigo sin que todos ellos sean acogidos. Quiero reinar con lo que soy en el reino de los sueños rotos o perdidos, con la verdad en que creo.

Abel, mi querido hermano, soporta el poder y, rebelde de sí mismo, es lo que no es por estar junto a Ti. Es del sueño de irse del mundo sin pagar el precio de su verdad.

El crimen es el despertar de nosotros dos en uno mismo. En Ti.

V- Peter Pam

Peter Pam.

No te equivoques de revolución, primate humano, en el juego del guiñol arden las marionetas de sus manos, con alma de hilo, cerebro de paja, cordón umbilical a punto de ser cortado.

No quiero un mar con el alma de las algas podridas y el cuerpo de peces nadando entre la espuma. Solo el mar de tu cuerpo desnudo, nadando, donde Peter Pam ande, vuele y navegue como los sueños sin poses, puertos ni fronteras.

Siempre creí que la compañía eran ecos lejanos de soledad y Peter Pam la libélula que convencía a mi charco en mar. Mi barquito de papel, fuera de la botella del mundo con velas aladas en letras donde navegar, quizás sea encerrar los delirios del Capitán Garfio en océanos de tintas navegables.

Campanillas de mis sueños me despertaban para no zozobrar.

¡Que la paz del valle se extienda por todas las pieles viajeras, amigos [de mis heridas!

VI- Hay viajeros visitantes

Hay viajeros visitantes y no habitantes residentes.

Tus cabellos sedosos, así tendida de algodón con las lunas llenas bajadas a tus pechos, hacen crecer la hierba con gargantas de lobos que devoraron al sol naciente.

Tantos seres humanos vieron los crepúsculos antes que mi vista y allí quedaron prendidas sus miradas, en las alambradas del tiempo. Hasta que la tierra dé lágrimas de vino y miel.

Estoy subiendo a la azotea para hablar de los ángeles. Cobran de Dios su salario de amputar los sueños de miedo de los paralíticos.

El rostro del diablo solo puede ser cada vez más bello si devora a seres de belleza. El de los ángeles buenos es tan horrible por comerse la maldad de la carne, cuando crece en ella el espíritu cancerígeno y el Espíritu Santo la abandona.

Soy yo mismo en la casa de tu cuerpo. Ahora, enciendo el hogar de tu alma, para calentarme hasta con los rescoldos de tus huesos. Y, cuando el fuego se apague, me acercaré al punto de congelación sin Ti. Te amo y no sé quién eres. Mi alma no cristalizará ya en diamante.

VII- Si te traigo…

Si te traigo cada día un poema, ¿me salvarás, Dios del amor? Mi mejor manera de orar, de alabarte, de amarte sobre todas las cosas, que no sobre todos —aun amo más a aquellos que viven en los límites del Estado con el país de uno mismo—, es, para no cercenar el tallo de las rosas, ofrecerte un lozano ramillete de mis entrañas recién florecidas.

Mi ofrenda a tu divinidad es la del murciélago que solo sabe volar en el látigo de oscuridad de los ojos, que la faz de tu cielo hace trizas.

VIII- Alicia

Alicia ya no vive aquí.

Todo en ellos es humillarnos y cómo nos odian.

El mundo feliz en que todo tiene respuesta por lo que todo tiene de [pregunta.

Aunque los exploremos, internándonos en sus miedos, o recorramos los caminos intransitables de la noche, que nos llaman a caminar a su lado, o los cruces de infinitos tránsitos para no ser eternos, ¡cómo nos odian y se nos alejan!

El camino angosto y tortuoso donde nos vamos quedando solos. Aún la realidad está tras la puerta cerrada y los sentimientos de la habitación son del mundo, que es toda la vida y toda la muerte.

Son mis leyes, con las que me creo y me destruyo. La vida y su tiniebla de muerte, la muerte y su sombra de vida también es partir, abrir la puerta, abandonar la habitación con sus cosas y sus seres por otros desconocidos que hay que conocer y otros objetos de juego. Y las cosas y sus seres desagradecidos no recordarán siquiera que nos dejaron ser felices.

La poesía no es la vida; es el camino por donde ella, desnuda y más bella que nunca, transita. Deseamos amarla y desaparece entre nuestros brazos, para no mustiarse de tiempo y hastío. La divinidad no deja verse sino en nosotros, que la existimos y la destruimos. Las palabras o los silencios que la contienen son su callejón, su morada, su nido de imaginación.Yo seguía soñando a otros, pero el que me soñaba despertó y, aunque continuaba hablando en sueños, mis palabras y sus silencios de sombras perdieron su figura.

Alicia ya no vive aquí.

IX- La mirada del río

La mirada del río. Vendimio y mi corazón se endulza con caña y azúcar. Empiezo a sangrar como un buen hombre del sur. Soy rudo como un buen hombre del norte en el frío aterido de la guerra y en su ternura por llegar al hogar en los amaneceres de fuego.

Apoyo mi codo en el tronco del árbol, para descansar, y mi rostro sudoroso descarga el peso de mi conciencia en un cestillo de frutas. Soy uno de los hombres buenos que pasa por aquí.

No necesito nada de los objetos poderosos, que sus corazones mecánicos no hagan seres nobles y misericordiosos. Como si pusiesen su mano en el fuego y no se quemasen por ser de ternura llamas y dedos.

Adiós, padre. Busca en el fondo de su alma para dar de billetes la calderilla de sus bolsillos rotos, por donde se le escapó el dinero. Agotado, lucha por nosotros, sufre por la casa que construye con sus manos y las de mi madre, también por sus hermanitos muertos en desatenciones médicas, por su madre abandonada en los callejones del cáncer, por su padre en otra amante, descorazonado, por sus compañeros muertos en guerras impuestas para contarlas, por el viento de los aviones que traen de aliento la caída de las hojas fuera del otoño sobre las bocas del metropolitano de Madrid, y aún recuerda en la tristeza de los peces la agonía de los niños.

Su palabra es el ulular del viento en los desfiladeros de los planetas sin aire, dejando habitadas las ramas de los árboles impensados. Esparcen la simiente sus manos en el abrazo y en el páramo de toda alma armada del adversario posa una mariposa.

Lleva un río de lágrimas por derramar. Sin fango en el cauce de sus ojos, se mira el río, atusándose y alejándose. Su vida de buche de agua y puñado de granos y gotas de lluvia entre los dedos esparcidas. Sus ojos disuelven en aire toda mirada mineral. Su abrazo de calor aguarda la helada de cualquier imbécil estación en que el tiempo quiera perderle y confundirme, alejándome de sus aguas transparentes en que me enseñó a nadar y a refrescarme.

Su vida de agua está derramándose entre mis manos.

Sus ojos de aire están disolviendo la mirada de niebla.

Galante y zalamero para conquistar a una mujer honesta y, para lograr la casquivana alma, se muestra tímido y circunspecto.

La mayor libertad es poder llegar a prescindir de aquello y aquellos que nos hicieron libres y felices. Más allá del horizonte donde estés, esos seres que atemorizan a los ángeles se empaparán de ti y quizá derramen sobre ellos, con tu sangre, tu alma para ser más buenos. Su mirada de río.

X- Los derrotados

Los derrotados sin saberlo celebramos nuestra victoria de no fracasar.

Solo el sol da sombras y ya no el sable —sus tinieblas de sangre se desvanecieron—, y yo ya estoy en mi sombra soleada.

Rompemos el silencio del ojo del huracán con la palabra tormentosa, cuando vida y muerte son, simultáneamente, figura en el aire e imagen en el cristal del espejo. En el mundo donde sueñan las promesas y, por mucho que cabalguen, no traspasan sus fronteras sus príncipes, hasta encontrarlas tan lozanas y hermosas como pensaron al despertarlas.

Sin la llegada de los días de concretar lo imaginado.

Los ojos de cuchillo de mirada cortante. Este dolor no me dice nada.

XI- Bajo los cantos rodados

Bajo los cantos rodados no anidan las gotas de lluvia, sino el chillido que no cesa. Firman cada piedra con sangre donde forman los muertos.

Los esclavos cuentan sus latigazos, empezando otra vez en su [equivocación.

Noche y niebla de carne y huesos. No se puede salir más que por la chimenea del campo de concentración. Y los rojos de los atardeceres en las viejas ciudades de Europa eran gitanos, homosexuales, judíos, rojos de sangre, banderas, corazón, y de mujeres, y niños, y hombres, de coraje.

Los fusilados debían escribir a sus familiares: «¡Morí de la enfermedad que tenía! ¡A tal no le esperes en el infierno del infierno!».

El sitio de los recién llegados es el lugar donde se exterminan a los [veteranos en el dolor.

Hoy, he terminado con vida; mañana, si les soy inútil, muero. Colmenas humanas dadas a las alambradas electrificadas en columnas. El hermano duerme atado a su mano, para que no se suicide.

El pájaro que se escapa vuela a su nido, pero lo cuelgan. No se contestan cartas que deportan a la muerte. ¡Archívese el convoy de los 927 españoles condenados a muerte! Ni la Iglesia les salvó. ¡Ojalá no tengáis una noche tranquila como las que me disteis!

El golpe de aire que se llevó las banderas del campo de concentración trajo el aire de la liberación. Un río desbordado, humano. Los héroes son apátridas.

El pájaro que se escape vuelva a su nido.

Salvapatrias que las malvenden. Perder todo: familia, libertad, bienestar… No se regresa a esa patria.

Las democracias que no hicieron su trabajo vendieron a sus hijos. Los [mal muertos siempre hablan.

Así eres, Europa: los pueblos que lucharon por tu libertad —y la perdieron y fueron masacrados— no tuvieron de ti su gloria. No les reconociste su corazonada de vida y de esclavitud a libertad, ni su corazón perdido. Los pueblos que fueron colaboracionistas de los tiranos, cobardes o te traicionaron, y los que por ti no lucharon, recibieron en sus sienes tus laureles por haberte salvado. ¡Madrastra! Que solo acoge en su regazo a quien recoge, victorioso de los campos de batalla, las banderas perversas ya arriadas, empapadas en la sangre derramada de otros para derrotarlas, después de haberlas enarbolado o consentido.

Así eres, Europa.

XII- Las huellas

Las huellas que tu mirada deja en el camino de mis ojos.

La flor no se ufana de su belleza desconocida.

Es un poeta el que se muere.

Así, ni el hombre ni las divinidades deben ufanarse de su poesía ni de su mística, mas es irrenunciable el estremecimiento que en las almas divinas o humanas causan su belleza y su sabiduría.

No hay muro de techo ni velo de nubes para la mirada trasparente de quien muere en la noche de las estrellas escondidas. Ya los ojos de los ángeles son sus nuevas palabras que le hablan. Ahora, que se va, los hombres le atienden. Es un poeta el que muere. Nunca fue carne de multitud ni lapidó el aliento del adúltero espíritu solitario. Vivió de los besos maternales, de los abrazos entrañables, de las blancas alas de la nieve, posadas de caricia sobre la piel calenturienta, restallada por el látigo.

Ahora, otra madre entrañable le cierra de puerta los párpados, le besa tiernamente los labios, para que ya no necesite hablar más. Y las palabras y los verbos de los pálidos pergaminos donde escribió su alma son recogidos amorosamente bajo el brazo por el ángel de la sabiduría y la belleza. Le quiere para, con él, solo encender, en algún otro mundo del pórtico, al púlpito del templo con la llama de su lenguaje, con la lámpara de los visionarios que serán estrellas.